¿EXISTE EL PECADO?

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¿EXISTE EL PECADO?

Si existe ¿por qué pecamos? ¿Qué males nos acarrea?

¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá... (Eclo. 21,1-2)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84.7770-631-X
D.L.: Gr. 1930-2002
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

El Papa Pío XII dijo: «El mayor pecado de nuestra época es que los hombres han comenzado a perder el sentido del pecado».

Esta expresión «se ha perdido el sentido del pecado» es la que han venido repitiendo después los Papas siguientes, y a la verdad hay muchos que no dan importancia a lo que Dios ordena o prohibe, y esto no deja de ser una grave enfermedad de nuestro tiempo.

Yo he escrito ya en mis libros algunos conceptos referentes al pecado, especialmente en el de «Ejercicios Espirituales», pero quiero dedicar el actual a este tema, porque a todos debe interesar el saber si existe el pecado, y si existe, qué es y qué males encierra, y así podamos tener presente esta expresión de los Libros Santos: «Los que se abandonan al pecado y a la iniquidad son enemigos de su propia alma» (Tob. 12,10). Y a la verdad, si nos diéramos cuenta del

mal que nos hacemos pecando, nunca o casi nunca pecaríamos.

Orígenes, autor eclesiástico del siglo III, dice: «Cada vez que el alma peca, recibe una herida; si el pecado es mortal, también lo es la herida. ¡Oh! ¡Si pudiéramos ver de que modo es herido constantemente el hombre interior con toda clase de pecados! Si pudiéramos ver las obras que constituyen el pecado mortal, quebrantan y desgarran el alma! ¡Si pudiésemos ver el estado en que ella se encuentra, entonces ciertamente resistiríamos al pecado, aunque esta resistencia nos costase la vida; pero, extraviados por las codicias del siglo, embriagados por los vicios, no podemos notar ni sentir el número y la gravedad de los golpes que, pecando, asestamos contra nuestra alma!».

Tenemos que reconocer que el pecado nos hace «miserables, desgraciados, pobres, ciegos y desnudos», como nos dice el Apocalipsis (3,17). En la serie de pensamientos sobre el pecado iremos viendo los grandes males y castigos que Dios ha mandado a los pecadores, y terminaremos reconociendo que si Dios al hablar a su pueblo por medio de los profetas, los reprende y amenaza a fin de que no se extravíen y sean cumplidores de sus mandamientos, es porque el

hombre es libre, y por gozar de libertad para el bien, por eso existe el pecado, y porque es libre él es responsable de sus actos.

Dios quiera que todos mis lectores, al tener una idea del estado en que se encuentra un alma manchada por el pecado mortal, tomen la decisión de vivir apartados de él.

Benjamín MARTIN SANCHEZ
Zamora, 1 octubre 1991

DIOS Y EL HOMBRE

1

Dios creador, y el hombre hechura suya

Si nos remontamos a la primera página de la Biblia, el libro de la revelación divina, vemos que Dios es el *«creador del cielo y de la tierra»* (Gén. 1,1) *y de cuanto hay en ellos* (Sal. 24,1). Dios, pues, es el creador del mundo y del hombre. En la misma Biblia leemos: *«Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio dominio sobre la tierra. Dióle inteligencia, lengua y ojos para que viese la grandeza de sus obras, para que alabara su santo nombre, y pregonara la grandeza de esas sus obras. Y le dijo: Guardaos de toda iniquidad»* (Eclo. 17,3ss).

2

Sabemos, no solo por la Biblia, sino por la

razón humana que existe Dios, y que un niño puede demostrarnos su existencia sólo con apuntar al cielo y decir: ¿Quién creó el sol, la luna, las estrellas y también la tierra en que habitamos? Forzosamente tenemos que responder: Un Ser supremo y omnipotente al que llamamos Dios.

Las estrellas del cielo, y la tierra con sus criaturas no han podido originarse por sí mismas, ni los astros pueden moverse por sí mismos, si no hay motor que los mueva, y ¿quién será ese gran motor de este universo que está en continuo movimiento, sino es Dios, *primer motor universal,* necesario y eterno? San Pablo nos dice: «*Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios*» (Heb. 3,4).

3

Es, pues, evidente que Dios es el Ser supremo, omnipotente, creador del mundo y del hombre, y por tanto todos somos hechura suya. Yo se que hace cien años no existía, ¿quién me ha puesto a mi en el mundo? Dios, sirviendose de mis padres, me dio el cuerpo. Él creó luego mi alma inmortal, y tuvo lugar mi nacimiento a la vida temporal. En la misma Biblia leemos: «*Sabed*

que el Señor es Dios; Él nos hizo y somos suyos» (Sal. 100,3).

En consecuencia, somos criaturas de Dios, seres dependientes de Él, y por tanto hay una relación necesaria entre Dios y el hombre.

—Dios es mi creador, luego yo debo adorarle.

—Dios es mi Señor, luego estoy obligado a obedecerle y servirle.

—Dios es mi Bienhechor, luego debo darle gracias.

—Dios es mi Legislador, luego debo observar sus leyes.

—Dios es mi Padre, luego debo amarle.

4

Dios nos ha creado para que le alabemos, o sea, para glorificarle, para conocerle, para amarle, para servirle, para hacer su voluntad y guardar sus mandamientos, y todo esto es una misma cosa, pues glorificar a Dios es conocerle y si quiere que le conozcamos es para amarle, y *¿quién ama a Dios? «El que guarda sus mandamientos»* (Jn. 14,15).

Esto es lo que nos dice el Eclesiastés: *«Teme a Dios y guarda sus mandamientos. Esto es el*

hombre todo» (12,13), es decir, esta es la razón de ser del hombre y para esto ha sido creado, *«para que guarde sus mandamientos»*.

5

Notemos que «Dios quiere ser glorificado para nuestro bien, porque Él no necesita ser glorificado» (S. J. Crisóstomo). «Te sugiero un medio para alabar, si quieres, dice San Agustín, todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas, y habrás alabado a Dios... La gloria de Dios, hermanos, es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si lo vituperas; pero tú alábale a Él, que es bueno, te vuelves mejor; y vituperándole, te vuelves peor; Él seguirá siendo bueno como lo es ahora.

6

Un día preguntó un joven a Jesucristo: *«¿Qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna,* o sea, para lograr el cielo? Y Jesucristo le contestó: *Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

En consecuencia, el hombre está en este

mundo para conocer a Dios, para amarle y servirle mediante el cumplimiento de sus mandamientos, y así poder después gozar con él eternamente en el cielo.

7

¿Existe el pecado? ¿Qué es?

Viendo la relación existente entre Dios y el hombre, y sabiendo el fin para que Dios nos ha creado, y qué tenemos que observar para lograrlo, comprenderemos fácilmente que existe el pecado. San Juan nos da de él esta definición: *«Pecado es la transgresión de la ley de Dios»* (1 Jn. 3,4).

El pecado es un gran mal, y podemos decir que es el mayor de todos los males porque se opone al fin último para el que Dios nos ha creado.

Dios es el soberano y supremo Bien, y el pecado es el supremo mal, es lo que nos aparta de Dios, es lo infinitamente opuesto a Él. La grandeza de Dios es la medida de la grandeza y malicia del pecado.

8

Para saber qué es el pecado, basta atender a lo que nos manda o prohibe la ley de Dios. Todo pecado supone necesariamente dos cosas: Una ley terminante de parte de Dios, y una desobediencia terminante de parte del hombre.

Dios dice: No blasfemes, santifica las fiestas, no mates, no robes, no cometas actos impuros... Si el hombre se opone al mandato de Dios, y dice: *No quiero cumplirlo,* al no obedecer a Dios comete un pecado, porque quebranta su ley.

9

¡Con qué facilidad se peca! Se falta a Misa, porque «no tengo gana», «porque no me dice nada»... Se comete un pecado torpe, y se quiere disculpar, porque hay quien dice: ¡ligereza de la juventud!... Pero Dios habla de otro modo, y, como veremos, amenaza con castigos temporales y eternos, si no los cumplimos.

El pecado es una ofensa, una desobediencia, una rebelión, una ingratitud de la criatura para con Dios, su creador y Redentor. Y el pecado es mortal, si la materia es grave, la advertencia plena y el consentimiento perfecto.

10

La existencia del pecado es un hecho real. La Biblia es la historia de la Redención del hombre por Dios hecho hombre. Si hay redención es que ha habido pecado, y ciertamente el pecado aparece en casi todas las páginas de la Biblia. Hagamos una breve enumeración de algunos:

Desobediencia (Gén. 3,11-12); *homicidio* (Gén. 4,8); *corrupción e iniquidades* (Gén. 6,12-13); *orgullo* (Gén. 11,4); *Lujuria o impurezas* (Gén. 18,20); *idolatría* (Ex. 32,8); *injusticias* (Amós 5,12); *fraude* (Mq. 6,11); *traición* (Jer. 2,13); *negaciones, blasfemias* (Hech. 3,13); *recaidas en los bautizados* (Heb. 6,4-6). *Todos hemos pecado* (Rom. 3,22-24).

11

Jesucristo vino a hacer la redención, a librarnos o purificarnos del pecado, pues Él *«cargó con nuestros pecados»* (2 Cor. 5,21; Is. 53,4-5); *vino a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1,15); *«se entregó a la muerte por mi»* (Gál. 2,20).

Si Cristo murió por todos y por cada uno en particular, su amor singular y universal está pi-

diéndonos correspondencia amorosa, arrepentimiento con promesa firme de no volver a pecar.

Cada uno de nosotros no dejamos de ser un diminuto ser, sostenidos por Dios, dependientes de Él, y si somos hechura de Dios, ¿no es una ingratitud quebrantar sus leyes o mandamientos divinos, y así ofenderle?

12

Nadie puede poner en duda la existencia del pecado, pues no es una invención de los «hombres de Iglesia», como algunos se han atrevido a decir. La conciencia del pecado es tan antigua como la ley de Dios. San Pablo escribiendo a los Romanos nos dice que Dios ha grabado en la conciencia de todos los hombres sus mandamientos (2,15).

La conciencia es una voz interior que nos manda hacer el bien y nos prohibe hacer el mal. ¿Quién hay que no haya notado, aun estando a solas, que la conciencia le acusa o desaprueba sus obras si son malas, y se las aprueba o aplaude si son buenas? Dios es el que nos habla también por medio de nuestra conciencia.

13

La malicia del pecado

La gravedad del pecado la podemos conocer por sus efectos o castigos, y por ellos comprender que el pecado es el peor de todos los males. Preguntemos: ¿Quién ha hecho del ángel un demonio? El pecado. ¿Quién arrojó a nuestros primeros padres del paraiso terrenal? El pecado. ¿Quién los condujo a ellos y a sus descendientes a la muerte? El pecado... Reflexionemos sobre estas clases de pecado:

14

1º Pecado de los ángeles. Estos fueron dotados por Dios de una gran belleza, de gracia e inteligencia, y por un pecado de soberbia, *«Dios no los perdonó y los arrojó en el infierno»* (2 Ped. 2,4). Notemos que por un pecado, y sólo uno de pensamiento, aquellos bellos espíritus quedaron convertidos en un tizón del infierno.

2º El pecado de nuestros primeros padres. Estos por un pecado de desobediencia con raíz en la soberbia, pues pecaron por querer ser tanto como Dios, fueron arrojados del paraiso, perdie-

ron la gracia santificante y quedaron ellos y sus hijos sujetos al dolor y a la muerte... y el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas... Cuando pecó Adán, Dios le dijo: *«Por ti (por tu culpa) maldita será la tierra... Te dará espinas y abrojos y con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, de la cual has sido formado...* (Gén. 3,17-19). Acumulemos las desgracias, las guerras, las lágrimas de todo el mundo desde su cuna, y tendremos una parte del castigo de Dios... ¿Qué será el pecado cuando Dios así lo castiga?

Reflexione ahora cada uno y diga: Si Dios no perdonó a los ángeles y los arrojó en el infierno por un solo pecado que cometieron, y éste de pensamiento, ¿por qué me ha aguantado a mi tanto después de haber cometido tantos pecados? Esto, sin duda, se lo debo a la misericordia de Dios que me está esperando al arrepentimiento.

15

Fijémonos en otros grandes castigos que Dios ha mandado sobre la tierra: vg. *el diluvio universal,* en el cual perecieron todos sus habitantes a excepción de Noé y su familia, y ¿por qué lo

mandó? En la Biblia leemos: *«Porque la tierra estaba repleta de iniquidad a casua de los hombres, Dios los exterminó»* (Gén. 6,13). Después mandó otro diluvio de fuego sobre las ciudades de *Sodoma y de Gomorra,* y ¿cuál fue el motivo? Porque *«los pecados de Sodomna y Gomorra han llegado a su extremo y claman venganza»* (Gén. 18,20ss).

«Donde estaban las ciudades nefandas, hállase ahora el Mar Muerto, o sea, un lago de aguas salobres y sulfurosas: monumento permanente del castigo de Dios promovido por los crímenes de los hombres».

16

La Pasión de N. S. Jesucristo. Reflexionemos: ¿Por qué Jesucristo se dejó prender en el Huerto de los Olivos? ¿Por qué toleró ser llevado de tribunal en tribunal como si fuera un malhechor, y permitió que le escupieran y le azotaran y crucificaran? ¿Por qué sufrió tanto siendo la misma inocencia? A estas preguntas responderemos: Porque revestido de nuestra naturaleza, tomó sobre sí los pecados de todos los hombres y por ellos fue castigado cruelmente hasta morir en una cruz y quiso así ofrecerse en sacrificio por

la redención del mundo. El pecado, pues, fue la causa de su muerte, pues, como leemos en los Libros Santos: *«murió por nuestros pecados»* (1 Cor. 15,3).

Bien podemos decir ahora todos los pecadores puestos ante un Crucifijo: «Esta es mi obra: Mis malos pensamientos taladraron esas sienes, mis malas acciones taladraron sus manos; mis malos pasos esos pies, y mis malos deseos ese corazón».

¿Qué explicación tiene la Pasión de Jesucristo? Sólo tiene una explicación, y es el grande amor que nos tenía: *«Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que todos fuéramos salvos por Él»* (Jn. 3,16). *«Me amó, y se entregó a la muerte por mi»* (Gál. 2,20). Así quiere movernos a detestar el pecado y que no nos condenemos. Mis pecados fueron causa de su pasión...

17

¿Qué será el pecado?

Para comprender bien todo el horror y abominación que encierra el pecado con respecto a Dios, debemos pensar, como dice San Bernardo, «quién es Dios y quien soy yo», que lo cometo.

¿Quién es Dios? Dios es el autor del mundo, nuestro Creador y Redentor, nuestro Padre y Bienhechor, la sabiduría infinita y la santidad suma..., y por tanto exige de nosotros «respeto, obediencia y amor», y nosotros obstinados no lo queremos reconocer, y continuamente le ofendemos. Es una ingratitud y gran rebelión atreverse el hombre a rebelarse contra Dios omnipotente e infinito.

¿Quién soy yo? Yo, miserable, en comparación de los habitantes de esta ciudad, de esta provincia, de España..., en comparación de todo el mundo? Y ¿qué es el mundo en comparación con Dios?... Y yo, tan miserable, tan insignificante, tan ruin, ¿me atreveré a ofender a un Dios tan santo, tan omnipotente? Es como si una hormiguita quisiera rebelarse contra el hombre, que puede aplastarla. Y nosotros que tenemos la salud, la vida recibida de Dios, ¿nos atrevemos a emplearla contra Él?

18

Cuando pecamos preferimos la criatura al Creador, ponemos en parangón a Dios infinito con una pequeña nada. Nosotros mismos nos indignamos al leer en el Evangelio que Pilato,

para conmover al pueblo, presentó al inocente Jesús flagelado, coronado de espinas y cubierto de salivas, frente a Barrabás, infame asesino, y todos gritaron: ¡Muera Jesús, viva Barrabás!

Este parangón de Jesús con Barrabás nos causa indignación y rabia, y, sin embargo, ésta es nuestra historia continua. Cada vez que cometemos un pecado venimos a gritar también: ¡Muera Jesús! ¡Viva el demonio!

«¿No sabéis, dice San Pablo, *que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?»* (1 Cor. 6,19). *«No apaguéis el Espíritu Santo* (por el pecado mortal) (1 Tes. 5,19). Por eso nos dice San Agustín: «Cada vez que cometemos un pecado de pensamiento, de palabra y de acción, destruimos el templo de Dios, e injuriamos al que habita en nosotros».

19

El pecado es la completa degradación del hombre, su soberana miseria, el mal supremo del hombre y de Dios; porque está absolutamente opuesto al bien supremo. El pecado no es una substancia, no es un ser, porque todo ser es bueno. El pecado es la privación del ser... «El pecado, dice San Agustín, es la negación del ser, es la nada». Y ¿por qué

se llama al pecado la negación del ser, la nada? Porque en el mismo hay algo vil y de ningún valor, porque el placer del pecado pasa pronto y se desvanece... y es una privación de bien...

¿Puede darse extravío e insulto mayores que preferir el mal al bien, el vicio a la virtud, la tierra al cielo, un sucio deleite a las puras delicias de la gracia, y la nada a Dios?

Dios por boca de Isaías se queja amargamente de tal conducta: *«¿A quién me habéis comparado, dice; a quién me habéis igualado?»* (40,25) *«Oid cielos, y tu tierra escucha, exclama el mismo profeta: el Señor habla: He criado hijos y los he engrandecido, pero ellos se han rebelado contra Mi... El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no entiende, mi pueblo no me ha conocido»* (Is. 1,2-3).

20

El pecado es una ingratitud, porque con él ofendemos a Dios nuestro Padre. Recordemos el ejemplo de Monseñor Sibour, arzobispo de París. Un día se presentó a él un obrero, el cual, suspirando, le dijo que debido a una enfermedad había perdido el empleo y se hallaba en extrema miseria con cinco hijos... El arzobispo conmovi-

do le dio una limosna. Luego salió precipitado el obrero con aquellas monedas, sin apenas darle gracias, y compra un puñal.

Al día siguiente, fiesta de Santa Genoveva, patrona de Francia, celebraba el arzobispo la Misa Pontifical en la Catedral. Al terminar, según pasaba, salió de detrás de una columna el obrero y le clavó el puñal en el corazón. En aquel momento le reconoció el arzobispo y dijo: A este mismo le di ayer una limosna. Al saberse en Francia, el grito unánime fue: «¡Muera el infame!».

¡Cuántas veces hemos sido nosotros los infames! Tantas cuantas hemos pecado, porque pecando nos hemos servido de los ojos que son de Dios, de los oídos, de la lengua, de la salud..., todos dones de Dios...

21

El pecador que blasfema, el que maltrata a Dios, ¿ha recibido por ventura de Él algún mal? Todo lo contrario; sólo ha recibido beneficios e inmensos favores. Todo lo que tenemos es don de Dios. Él nos ha creado y nos conserva la vida; nos ha dado la inteligencia y los bienes materiales. Además para salvarnos del infierno ofreció en sacrificio a su divino Hijo Jesucristo, que nos

redimió con su sangre, muriendo en la cruz por nosotros, lo cual es el colmo de todos los beneficios. ¡Oh, qué gran mal es despreciar los beneficios de Dios y la sangre de Jesucristo, derramada por nosotros! Bien pudo lamentarse de este mal el Señor, al decir por boca del profeta Isaías: *«He criado hijos y los he engrandecido, y ellos me han despreciado»* (1,2).

22

San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla (a. 400) defendía con todo valor la religión contra los herejes y combatía fuertemente los vicios. Por ello se conquistó el odio del emperador Arcadio, el cual dijo a sus cortesanos: «Quisiera vengarme de este Obispo, ¿qué tengo que hacer?». Uno respondió: «Desterradle». Otro: «Confiscadle los bienes». Un tercero: «Llevadle a la cárcel». Un cuarto: «Matadle; así todo, dice, queda terminado».

Un quinto, que veía más claro que los demás: «Os equivocáis todos; estos medios no sirven para nada. ¿El destierro? Para él todo el mundo es la patria. ¿La cárcel? Besará las cadenas. ¿La confiscación de los bienes? Es quitárselos a los pobres. ¿La muerte? Le abrirá el cielo.

Señores, si queréis de verdad vengaros de este hombre, obligadle a que cometa un pecado: es lo único que teme. El santo Obispo fue desterrado a Armenia y murió después de cuatro años de persecuciones y padecimientos. Tenía por lema estas palabras: *Una res pertimescenda: peccatum.* Una sola cosa hay que temer: el pecado (porque por él podemos condenarnos).

23

La vergüenza, la confusión y el arrepentimiento

Esto es lo que le queda al pecador, después de cometido su pecado: El pecado, en primer lugar, le cubre de vergüenza y de confusión y le llena de remordimientos. La prueba la tenemos en estos ejemplos:

1. *El de nuestros primeros padres.* Vivían en estado de gracia..., esplendor y hermosura... Apenas perdieron la inocencia, sintiéndose desnudos, o sea, despojados de la gracia original, experimentaron cierta vergüenza, que les obligó a esconderse del Señor, que le dice: «*Adán, ¿donde estás?* (Gén. 3,9), en qué estado te hallas por el pecado? Temí, contestó, y «*avergonzado*» me escondí.

2. *El remordimiento de Caín.* Caín, después de haber matado a su hermano Abel, sentía un gran remordimiento del horrible pecado cometido. En aquel instante oyó la voz de Dios, que le dijo: *«Caín, ¿qué has hecho? La sangre de tu hermano está clamando a Mi desde la tierra?»* (Gén. 4,10). El andaba errante y fugitivo, se figuraba que cualquiera que lo encontrase le daría muerte... ¡Esta es la tranquilidad, la paz del que vive en pecado!

3. *El pecado de David.* Esto nos demuestra que el pecado no dejará tranquilo al pecador, sino que se levantará contra él. Habiendo caido David por su fragilidad en el pecado poco tiempo vivió tranquilo hasta que por Natán reconoció su caída, y entonces se ve atormentado sin tregua ni descanso: *«Mi pecado está siempre contra mi»*, que nunca puedo quitármelo de delante.

Muchas almas, después del pecado, se ven forzadas a decir: *«¿Por qué estás triste?»* (Sal. 41). ¿No eres tu la que decías que obtenido aquel placer, aquella amistad, aquella adquisición, vivirás contenta y serías feliz? Perdiendo a Dios, no hay consuelo para el alma. «Nos hiciste, Señor, para Ti»... Sólo el pecado nos pone tristes y nos hace miserables...

24

En la Sagrada Escritura se nos dice: *«¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres. Toda iniquidad es como espada de dos filos...* (Eclo. 2,2-4).

«No digas: He pecado, ¿qué mal ha sucedido? Porque el Señor es paciente... Y no digas: Grande es su misericordia. Él perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores» (Eclo. 5,4-7).

«Lejos de nosotros queremos rebelar contra el Señor y apartarnos de Él» (Jos. 22,29).

25

Los males que nos acarrea el pecado mortal

El pecado grave se llama «mortal» porque da muerte al alma robándole su propia vida, o sea la gracia santificante, el más bello don sobrenatural.

La gracia es un don de Dios, don precioso, infinitamente superior a todos los bienes de la naturaleza en valor y hermosura, pues *«todo el*

oro, dice el Espíritu Santo, *y todas las grandezas y tesoros del mundo no son, en comparación de ella, más que un poco de arena, y la plata es como lodo delante de ella»* (Sab. 7,9). La gracia es fuente y principio de todos los demás bienes sobrenaturales, es el precio de la pasión y sangre de un Dios que nos hace hijos suyos, herederos del cielo, templos del Espíritu Santo y amigos de Dios.

La gracia y santidad que tanto embellece nuestra alma es una auténtica vida, la misma vida de Dios participada en las criaturas. El pecado destruye esta vida, es decir, depoja el alma de la gracia divina y la priva de la bienaventuranza eterna.

26

¿Sabes lo que pierdes cuando cometes un pecado mortal? Pierdes la gracia santificante que es la que infunde en el alma la vida sobrenatural, o sea, das muerte a tu alma, y aunque a los ojos de los hombres eres un hombre vivo, a los ojos de Dios eres un cadáver, un «cadáver ambulante», y se cumple en ti el dicho del Apocalipsis: *«tienes el nombre de viviente, pero en realidad estás muerto»* (3,1).

Y lo más triste es que aunque a los ojos de Dios tuvieras por todo lo bueno que has hecho en tu vida

el mérito de todos los apóstoles y de todos los mártires, y de todas las vírgenes y santos..., si cometes un pecado mortal, pierdes la amisad con Dios, y todas cuantas obras buenas hubieras practicado y todas tus virtudes se vuelven inútiles. Así lo dice el mismo Dios por el profeta Ezequiel (18,24): *«Todas sus justicias u obras buenas que había hecho no le serán tenidas en cuenta».*

27

¿Qué debe hacer el que vive en pecado mortal para recuperar todos los méritos perdidos? Hacerse digno de volver al estado de gracia mediante el arrepentimiento y una confesión sincera de sus pecados, pues Dios en su misericordia *«hace como que no ve los pecados de los hombres para esperarlos a penitencia»* (Sab. 11,24), y dice por el profeta: *«Si el impío se convirtiese de sus pecados, no haciendo iniquidad y practicando la justicia, y siguiere los mandamientos de la vida, ciertamente vivirá y no morirá. Ninguno de sus pecados que haya cometido será recordado contra él... Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»* (Ez. 33,11 ss). Entonces como dice el Concilio de Trento «los méritos reviven».

El hombre en pecado mortal es despreciable a

los ojos de Dios. Es cierto que Dios ama infinitamente al pecador, pero odia infinitamente su pecado. Mas aunque sus obras sean buenas, mientras esté en pecado, no le sirven para nada, si no es para que Dios se compadezca de él y le dé gracia para salir del pecado.

28

El que peca se hace mal a sí mismo

Para comprender el mal que se hace el pecador a sí mismo, basta que reflexione sobre lo anteriormente dicho: A una persona que reúna todas las virtudes y sea muy santa, si llega a cometer un solo pecado mortal, éste le quita el mérito de todas las oraciones, mortificaciones y actos de virtud que hubiera hecho, de tal manera que si llegase a morir en aquel estado, nada de aquellas obras buenas le servirían, sería excluida del cielo y condenada al infierno.

En la Biblia aparece claro que el pecado mortal es una gran ofensa hecha al Dios hecho hombre por amor al hombre, y tal pecado es más bien un mal del hombre que de Dios. Las murmuraciones, las blasfemias y cualquier otro pecado no pueden alcanzar a Dios impasible y feliz en su eternidad.

29

El pecado no puede hacer a Dios mal alguno, y la virtud no puede acrecentar su gloria o su poder. Son los hombres los directamente perjudicados o beneficiados: «*Contempla los cielos y observa, mira como las nubes son más altas que tú. Si pecas tú que le haces. Si multiplicas tus pecados, ¿qué mal le causas? Si eres justo ¿qué le das? o ¿qué recibe de tu mano? Son tus semejantes a quien afecta la maldad, son los mortales a quienes beneficia tu justicia*» (Job 35,5-8).

Los que se abandonan al pecado y a la iniquidad son enemigos de su alma (Tob. 12,10).

30

Dios mismo por boca del profeta Jeremías viene a testificar su impasibilidad ante las ofensas de los hombres: «*Después ofrecen libaciones a los dioses extranjeros para herirme. ¿Es verdad que me hieren a Mi? —oráculo de Yahvé— ¿No es más bien a ellos mismos, para su propia confusión?*» (Jer. 7,18-19).

Notemos que un acto de virtud o una blasfemia que cometamos, vienen a redundar en beneficio o perjuicio nuestro. San Juan Crisóstomo dice:

«Dios quiere ser glorificado para nuestro bien, porque Él no necesita ser glorificado», y San Agustín nos lo aclara con estas palabras: «La gloria de Dios es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si le vituperas; pero tu alabándole a Él, que es bueno, te vuelves mejor; y vituperándole o blasfemándole, te vuelves peor; Él seguirá siendo bueno como lo es ahora».

31

El pecado precipita al pecador en la más horrible ceguedad, y ciertamente le sepulta en ella de tal modo que ciego permanece para el bien que debe obrar, y ciego respecto al mal que debe evitar: *«Andan como ciegos, porque pecaron contra Dios»* (Sof. 1,17).

La ceguedad del alma, dice San J. Crisóstomo, es sin contradicción el castigo más riguroso que puede Dios ejercitar con los pecadores en esta vida, el que más se parece a la reprobación anticipada.

La muerte hará pasar a estos mundanos reprobados de las tinieblas del pecado a las tinieblas del infierno (véase mi libro: *«¿Existe el infierno?»*.

32

Veamos por qué pasos contados llega el pecador a la obstinación, madre de la impenitencia final.

Al principio en el alma no hay más que odio y horror al pecado, lucha con la tentación, no quiere el mal, vacila, fluctúa..., teme cometerlo, y si llega a caer ¡qué amargura, la de su corazón!, ¡qué días tan tristes!, ¡qué noches tan inquietas!, ¡qué confusión! ¡Ah! le es imposible vivir más tiempo así. Se corre al sacramento de la penitencia, a recibir una palabra de consuelo y de perdón en nombre de Dios... El sacerdote la consuela y la anima... Al fin dice: «Yo te absuelvo», ya estás perdonada...

33

Un nuevo paso. Aquella alma parece que va a cambiar y se dice: Juro que escarmentaré y no pecaré más... Pero lo malo es que las pasiones han empezado a desenfrenarse, y la impresión del escarmiento no es siempre viva, y hoy se olvida un sabio consejo del confesor, y mañana se olvida un propósito esencial..., y viene la ocasión... y hay segunda caída. Esta ya no impresiona tanto, ni le ha turbado tanto, pero aún teme y suspira..., y Dios

la espera en su infinita misericordia..., hasta que sale del pecado.

34

Otro paso más. Pero a pesar de los propósitos sigue con la ocasión y cae y pasará semanas y hasta meses en desgracia de Dios. Entretanto, la conciencia se va familiarizando con el pecado, las pasiones adquieren fuerza..., y si antes el pecado le hacía inquieto el sueño, ahora con él duerme tranquila y come y con el ríe y pasea y vive contenta.

Volverá a oír la voz de la Iglesia que la llama a penitencia, y para compaginar su vida de pecado..., llega hasta a hacer confesiones de pura fórmula sin entrar en pormenores..., y así quiere ir tirando y ahogar los remordimientos de conciencia.

35

¡Desgraciado el que no quiere oír la voz de Dios! Hasta aquí el hombre; ahora entra Dios, y ved cómo habla a estas almas en la figura del pueblo de Israel: «Yo, dice el Señor, he hablado a Israel para que se convirtiese de su pecado, le he llamado muchas veces para que se volviese a Mi, le he

hecho oír mi voz paternal para que se detuviese en el camino de la iniquidad, pero él, haciéndose sordo a mis amonestaciones, no ha querido hacer alto. Pues bien, no le hablaré más, no le molestaré con mi voz, y no sólo callaré, sino mandaré que en todo lugar reine el silencio más profundo: *In omni loco..., silentium* (Amós 8,3).

36

¡Silencio!, profetas, silencio sacerdotes, ni una palabra más. ¿Quiere silencio de mi parte? Téngalo. El estado deplorable del alma obstinada y empedernida en el mal, lo describe el Espíritu Santo en estas palabras: «*Cor eius induratum tamquam lapis*» (Job. 41,15). Su corazón quedará verdaderamente petrificado sin sentir ni conmoverse por nada.

¡Nada siente! Y ¿qué no hace la Iglesia por ablandarle al intimar ayunos, oraciones y sacrificios ante la fealdad del pecado?... Pero sonará la hora de Dios: *Me reiré en vuestra desgracia.*

Teme, oh pecador, detente en la carrera de tus pecados, llora tu vida pasada, haz una buena confesión al presente, no abuses en lo sucesivo de la paciencia de Dios para no verte exclamar un día en tu condenación inútilmente: *Erravimus... Hemos*

errado (Sab. 5,6). Nos hemos apartado del camino de la verdad. *¡Desgraciados de nosotros que hemos pecado!* (Lam. 5,10).

Fortifica tu voluntad y di: Señor, que no peque jamás en adelante.

37

¿Por qué pecamos?

Vistos los males que acarrea el pecado, ¿por qué pecamos? A esta pregunta tenemos que responder: Pecamos porque no comprendemos toda la malicia del pecado; porque si la comprendiésemos, no la cometeríamos nunca. El pecador no comprende bien lo que hace cuando peca, porque obra contra el juicio de su conciencia y de su razón.

Solemos pecar por error, por imprudencia, por falta de examen y reflexión. Todos debemos tener presente la voluntad de Dios manifestada en su santa Ley, o sea, en sus mandamientos, porque ellos son guía segura de la conciencia y de la sabiduría. ¡Oh ciego pecador, que te has dormido en tu estado, *«levántate y sal de entre los muertos y Jesucristo te iluminará»* (Ef. 5,14). *«Han dormido su sueño,* dice el salmista, *y todos*

aquellos pecadores que se creían ricos no han encontrado nada en sus manos» (76,5).

38

No caigáis en el pecado, dice San Agustín, y el sol de justicia no se ocultará para vosotros; pero, si caéis en el pecado, desaparecerá como el sol cuando se pone. Si queréis estar iluminados, sed vosotros mismos una antorcha; porque si amáis las tinieblas y las pasiones tenebrosas, os privarán de la luz y os cegarán.

Hay mucha analogía entre el pecado y las tinieblas: Así como las tinieblas privan al hombre de la luz, el pecado le priva de la gracia que es una luz del cielo... El que anda en las tinieblas, no ve y tropieza a menudo; el pecador no ve nada de lo que debiera ver, y cae con frecuencia...

Los pecadores huyen de la luz, de la razón y de la gracia, y es, como dice San Juan, *«porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obas no sean reprendidas»* (Jn. 3,20).

39

El pecado mortal en las almas consagradas

A toda alma consagrada a Dios, sea sacerdote o religiosa..., le conviene reflexionar mucho y vivir prevenida, no presumiendo ni confiando en sus fuerzas, pues no por ser alma consagrada a Dios está inmunizada contra el pecado, pues puede pecar gravemente, por lo que San Pablo dice: *«El que crea estar seguro, tema no caiga»* (1 Cor. 10,12).

La fe y la experiencia nos hablan de caídas graves... Los ángeles, nuestros primeros padres, David, Judas, Conventos, Órdenes sagradas, pueblos enteros pecaron... ¡Ay de ti, si llegas a pecar mortalmente! Medita en la gravedad de tu pecado.

40

Grande es la malicia del pecado mortal en el cristiano, pero lo es mucho mayor en las almas consagradas a Dios. Su gravedad es manifiesta:

1. Primeramente *por la particular obligación* que tiene de tender a la perfección..., debiendo observar no sólo los mandamientos, sino también los consejos evangélicos...

2. Porque *son especialmente consagradas a Dios,* por lo que sus pecados contienen cierta especie de sacrilegio.

3. *Por razón de su estado* u Orden a la que pertenecen, pues al pecar o incitar a otros al pecado con su mal ejemplo hacen despreciable su estado sacerdotal o religioso, por cuanto suele oírse al momento decir: «Todos son iguales»... lo que viene a ser un gran pecado de escándalo.

41

4. *Por razón del mismo pecado,* que encierra mayor exceso de maldad, por tener mayor conocimiento de la ley de Dios, y por eso no puede, como los del mundo, excusar lo que hace con la ignorancia.

Cuando Jesucristo dijo ante los judíos que le crucificaron: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»,* sobre éstos hay esta atenuante de que nos habla San Pablo: *«Si hubieran sabido lo que hacían al crucificar a Cristo»,* si hubieran comprendido bien la maldad del crimen que cometían, *«jamás hubieran crucificado al Señor de la Gloria»* (1 Cor. 2).

42

Ahora cabe preguntar: ¿podríamos nosotros elevar al Señor esta súplica: Señor, perdona a este joven verdaderamene cristiano que te blasfema, perdona a este sacerdote que te ofende, a esa alma que se te ha consagrado? Si osásemos hacer una plegaria semejante, sin duda que el cielo, la tierra y el infierno protestarían contra nosotros, diciendo: Callaos, vosotros mentís, «no tienen excusas de su pecado».

¿Qué excusa pueden tener ante Dios? En su tribunal bastaría hacerles recitar el Decálogo... A más luz recibida..., más malicia. ¡Cuántas ocasiones no tiene el religioso para reflexionar sobradamente en la meditación diaria, en los retiros, etc.!

43

5. *Por la ingratitud* que encierra su pecado resulta más aborrecible. Dios perdonó al culpable todos los pecados de su vida pasada y le ha colmado de beneficios naturales y sobrenaturales..., la creación, la redención... tantas gracias... vivir en la casa de Dios y tan cerca del Sagrario..., el hábito...

¡Qué fácil le era perseverar! Su caída no se comprende sino por una prolongada y grande tibieza...

44

¿Qué hacer para preservarnos del pecado?

1) *Apoyarnos en Dios y fortificar nuestra voluntad.* Para preservarnos del pecado y vivir sin él, tenemos que contar con la gracia de Dios y con el esfuerzo de nuestra voluntad, al igual que San Pablo, que rodeado de tentaciones decía: *«No yo solamente,* o sea, con mis fuerzas naturales podré librarme del pecado, *sino la gracia de Dios conmigo»* (1 Cor. 15,10).

Al lado del precepto está la gracia de Dios, pues Dios «no manda cosas imposibles de cumplir», y aún para aquellas que parecen imposibles, Dios —dice San Agustín— da su gracia para que sean posibles de cumplir. Además *«Dios no permite que seamos tentados más allá de lo que permiten nuestras fuerzas»* (1 Cor. 10,13). Luego es evidente que sus auxilios no nos han de faltar a fin de que no sucumbamos *queriéndolo nosotros.* Para ser santos hay que querer serlo.

45

2) *La oración.* Cuando nosotros nos sintamos sin fuerzas ante la tentación o el cumplimiento de la ley, tengamos presente la conducta del Sabio: *«Luego que comprendí que no podía ser casto si Dios no me otorgaba esta gracia, acudí a Él»* (Sab. 8,21). Hemos, pues, de acudir a Dios con la oración, con la frecuencia de los sacramentos... y sobre todo evitar de nuestra parte todas las ocasiones de pecado, ya que nuestra voluntad es débil e inconstante. *«El que ama el peligro, en él perecerá»* (Eclo. 3,27).

46

3) *Temer el pecado.* Prevengámonos con un sólido fundamento en la vida espiritual, a fin de no caer, y este fundamento ha de empezar por un santo temor de Dios: *«Teme a Dios y guarda sus mandamientos...»* (Ecl. 12,13), y este temor de no ofender jamás al Señor, debe ir acompañado de un gran desprecio del mundo que nace de la convicción de que es vano, y no puede darnos la felicidad, y sobre todo, de espíritu, de oración y de mortificación, y tener devoción a la Virgen, implorando su protección.

4) *Los novísimos.* El Concilio Vaticano II nos dice que estamos en la tierra de paso y que hemos de tener presente los novísimos, «lo postrero» que ha de suceder a cada uno. *«Acuérdate de los novísimos* (o sea, de tus postrimerías) *y no pecarás jamás»* (Eclo. 7,40).

Pablo VI dijo: «De los novísimos hablan pocos y poco. El Concilio, sin embargo, nos recuerda las solemnes verdades escatológicas que nos interesan, comprendida la verdad terrible de un posible castigo eterno, que llamamos el infierno, sobre el que Cristo no empleó reticencias» (Mt. 22,13; 25,41).

Hagámonos violencia para no pecar ya jamás, y a la vista de la malicia del pecado concibamos contra él, al igual que los santos, un odio grande y una preparación para los cometidos (en mi libro *«Ejercicios Espirituales»,* pueden verse las meditaciones sobre cada uno de los Novísimos. «Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria»).

48

El pecado venial

Casi todo lo que hemos dicho del pecado mortal puede decirse del venial. El pecado leve se llama «venial», porque es fácil obtener «venia» o perdón de él, aun fuera del sacramento de la penitencia, con tal que se tenga verdadero dolor de él. El pecado venial es leve con relación al mortal, pero es grave en sí con relación a Dios, por ser una ofensa contra Él. Es un mal moral, un «mal del alma», y, por consiguiente mayor que todas las pestes y contagios, que son males del cuerpo. El pecado venial es un mal del Creador, y por eso llega a decir Santo Tomás que «debemos preferir la muerte antes que pecar venialmente».

El pecado venial no mata al alma como el pecado mortal, pero la deja herida. No nos hace perder a Dios, pero nos separa un poco de Él. No nos roba la gracia santificante, pero la amortigua. El pecado venial es *una desobediencia contra Dios,* y siempre, aunque sea materia leve, es algo odioso, porque ofende a la majestad infinita de Dios.

49

«Para que el edificio de la vida espiritual sea sólido y firme, es necesario que no se apoye sobre arena, sino sobre piedra, es decir, sobre el horror al pecado, pues toda virtud y santidad, que en este horror al pecado no esté apoyada, es enferma y fundada sobre arena. Es pues necesario que nuestra alma esté firme en el horror al pecado.

Mas para que este horror al pecado sea tal cual debe ser, no basta que sea sólo acerca de los pecados mortales, sino que debe extenderse a todos los pecados veniales, para que el edificio de la santificación pueda sostenerse sin peligro de ruina. Pues si no aborrecemos el pecado venial, no adelantaremos en la virtud, ni permaneceremos largo tiempo sin mancilla en la ley del Señor. Y lo que es más, quizás no nos salvemos...» (F. J. Schouppe S. I.).

50

Malicia del pecado venial. Su gravedad la podemos apreciar por los castigos: *La mujer de Lot,* por una mirada, por volver la vista atrás contra lo ordenado, muere y queda convertida en estatua de sal; *Moisés* golpea con duda la roca, a

la que ordenó Dios golpease, y por ello no entró en la Tierra Prometida; *su hermana María* por una murmuración, se vio cubierta de lepra (Núm. 12); *Ananías y Safira* mueren por decir una mentira (Hech. 5); por un pecado de vanidad de David (sin menguar culpabilidad al pueblo), mueren 70.000 (1 Cr. 21)... En la otra vida Dios lo castiga con el Purgatorio.

No digamos, pues, que el pecado venial es una falta pequeña. Ningún legislador se limita a prohibir sólo las faltas graves. Cuando se promulga una ley, se incluye en ella lo grande y lo pequeño. Lo grande llevará una pena grande, y lo pequeño, pequeña; pero la ley tiene que abarcarlo todo.

Estemos prevenidos. El pecado venial dispone para el mortal... la falta de oración de reflexión, de entrega a Dios, la repetición del pecado venial lleva al mortal.

51

El pecado venial deliberado y habitual es enemigo de la santidad... y debemos pensar que todos, máxime las almas consagradas están llamadas a la santidad: *«Sed santos, porque Yo soy santo, dice el Señor»*... Cuando hay pecados

veniales, hay una gran falta de entrega a Dios, al menos no es una entrega de veras, nos falta fervor... y no siendo uno fiel a las cosas pequeñas fácilmente cae en las grandes... Como leemos en la Escritura Santa: *«El que desprecia lo poco, poco a poco se precipitará»* (Eclo. 19,1).

Si cae uno en pecado mortal de repente, se levanta también de repente... pero si va cayendo en veniales, se pierde el miedo al pecado... y se cae en mortales.

52

San Bernardo dice: «Nadie se ha hecho malo de repente, y los que cayeron en graves desórdenes, principiaron por cosas leves». *Nemo repente fit sumus,* ninguno de repente se hace santo, sino por vencimientos frecuentes y por gracias especiales que Dios suele conceder en los Ejercicios Espirituales.

Efecto del pecado venial: Dispone para el mortal, es un plano inclinado para caer en él; no mata al alma, ni la priva completamente de su gracia, pero la afea, la entibia y es causa de muchos castigos... Debemos evitar el apego a las cosas y a las personas, los respetos humanos, murmuraciones, etc.

53

La murmuración o maledicencia

El pecado más extendido es el de la lengua. Fijémonos brevemente en el pecado de la murmuración, que consiste en hablar mal del ausente. San Agustín poco partidario de ella, puso en su comedor este letrero: «Ninguno del ausente aquí murmure; antes quien piense en esto desmandarse, procure de la mesa levantarse».

La derivación de esta materia, el ambiente que se puede formar, puede llegar a materia grave. Hay varias maneras de murmurar. Se puede murmurar diciendo la verdad, porque se puede difamar, vg. a uno que se vio en secreto hacer un mal, diciendo cosas con visos de verdad, pero sin fundamento, cual son los juicios temerarios, o haciendo comentarios. ¡Cuántos empiezan diciendo: ¿Habéis oído lo que se dice de fulano?... Yo no afirmo que sea verdad, Dios me libre. Yo no quiero murmurar de nadie!... Pero ¡ahí va la flecha!

¡Oh, estemos sobre aviso, porque la lengua hace muchos daños: roba la buena reputación, destruye la amistad, multiplica los enemigos y siembra la discordia... Si queremos ser buenos

cristianos, tenemos, como ya hemos dicho, refrenar la lengua. ¿Hemos pensado que en el día del juicio tenemos que dar cuenta a Dios de todas las palabras ociosas? (Mt. 12,36).

(Remito en esta materia al libro que titulo: *«Los males de la lengua». «El que no peca de palabra es persona perfecta».* Y también para las demás clases de pecado, vg. los pecados capitales, al que titulo: *«Los males del mundo»*).

APÉNDICE

Advierto a mis lectores que tengo un libro titulado: *«Los Mandamientos de Dios, ¿qué valor tienen hoy?»*, y a él remito a los que quieran tener un mayor conocimiento de lo que nos dicen los Libros Santos de ellos.

En él voy demostrando que todos estos libros sagrados nos hablan de su importancia y nos enseñan que de su cumplimiento depende nuestra felicidad temporal y eterna, y además que todas las bendiciones y castigos de Dios provienen de observarlos fielmente o de quebrantarlos.

Por ser los mandamientos de Dios leyes morales, por cuanto determinan claramente lo que es bueno y lo que es malo y por ponernos de manifiesto cual es la voluntad de Dios, podemos comprender así la gran malicia del pecado, ya que como tenemos dicho: *«Pecado es la transgresión de la ley de Dios»* (1 Jn. 3,4).

¿Estamos obligados a cumplir los mandamientos de Dios?

Los 10 Mandamientos por traer origen de Dios, que los ha imprimido en el alma de todo hombre, por haberlos promulgado en el Sinaí y haberlos confirmado Jesucristo, obligan a todos los hombres y son valedores para todos los tiempos y lugares.

El Papa Pío XI lo dijo así: «Nuestro Dios es el Dios personal..., rey y último fin de la historia del mundo... Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes de los tiempos y espacio, de región y raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre todo el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones».

Y el Concilio de Trento dice: «Si alguno dijere... que los diez Mandamientos no están en vigor para los cristianos, sea anatema» (Ses. 6, c. 19).

Todos, pues, y cada uno de los mandamientos del Decálogo deben cumplirse, porque quien quebranta un solo mandamiento *«viene a ser reo de todos los demás»* (Sant. 2,10).

El raciocinio humano presenta así su objeción: «Pero así no soy libre. Si Dios me impone leyes, yo no tengo verdadera libertad». ¡Ya lo creo que la tienes! La ley no hace sino perfeccionar la libertad. La ley no pone trabas o límite alguno a la libertad del hombre, sino que lo orienta y le señala un camino que lo dirige hacia el bien a fin de que consiga la perfección.

Las leyes vg. de la circulación, ¿qué son, sino una orientación para que encauces bien tu libertad? Muchos por quebrantarla mueren todos los días en algún accidente. Cuando un padre prohibe a su hijo tomar en sus manos un arma de fuego, no se propone otro fin sino el bien del mismo hijo. Lo mismo sucede con los mandamientos.

Dios te ha trazado el camino de los mandamientos para llegar al cielo. Si te apartas de él, no llegarás, y así dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos»* (Mt. 19,17).

Dios quiere que todos los hombres observen su Ley. El que la infringe comete un pecado.

56

La felicidad está en la guarda de los Mandamientos

Así lo dice Dios por medio de Moisés: *«¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos»* (Dt. 5,29).

«Ved, yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís» (Dt. 11,26-28).

El que va, pues, por el camino de los mandamientos de Dios hallará la felicidad temporal y eterna.

57

1. *La temporal. «Si guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, yo mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus frutos... Daré paz a la tierra... Pero si no me escucháis y no ponéis por obra mis mandamientos y los menospreciáis..., echaré sobre vosotros el espanto..., sembraréis en vano vuestra simiento...,*

haré como de hierro vuestro cielo y como de bronce vuestra tierra. Serán vanas vuestras fatigas, pues no os dará la tierra sus productos...» (Lev. 26,3 ss).

2. *La felicidad eterna* es el fin o término del cumplimiento de la ley de Dios, pues sólo por el camino de los mandamientos de Dios se llega a la salvación eterna. Así lo dijo Jesucristo: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

Los mandamientos que tenemos de la ley de Dios son los mismos que Dios reveló a Moisés, perfeccionados por Jesucristo y llevados a la plenitud del amor a Dios y al prójimo.

58

De igual modo se nos dice en el Deuteronomio: *«Si de verdad escuchas la voz del Señor, tu Dios, guardando diligentemente todos sus mandamientos, poniéndolos por obra... bendito serás en la ciudad y en el campo... El Señor te colmará de dones y bendecirá el fruto de tus entrañas, el fruto de tus ganados... El te abrirá sus tesoros, el cielo, para dar a tu tierra la lluvia a su tiempo, bendiciendo todo el trabajo de tus manos...*

Pero si no obedeces la voz del Señor, tu Dios, guardando todos sus mandamientos..., maldito serás en la ciudad y en el campo... Maldito será el fruto de tus entrañas, el fruto de tu suelo y las crías de tus vacas y de tus ovejas... Echarás en tu campo mucha simiente y cosecharás poco...» (Dt. 28).

59

Los dos caminos

Dios dice: *«He aquí que pongo ante vosotros dos caminos: la vida con el bien, la muerte con el mal; pues lo que hoy te mando, es que ames a Yahvé, tu Dios. Andando sus caminos y guardando sus mandamientos...*

Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas (Dt. 30,15-19).

Existen, pues, dos caminos, uno de la vida y otro de la muerte, el de la vida es el que existe según la voluntad de Dios, y el de la muerte es el que está preparado según las asechanzas del adversario (S. Clemente Romano).

60

«Grande es la diferencia que hay entre estos caminos» (Didaché). El primero, pues, es el camino de la vida, y éste es el preceptuado por la Ley. Amar al Señor Dios con toda la inteligencia, con toda el alma, único y solo, fuera del cual no hay otro, y al prójimo como a si mismo. Y *«cuanto quisiereis que os hagan a vosotros los hombres, hacérselo vosotros a ellos, porque esta es la ley y los profetas»* (Mt. 7,12).

«Vosotros amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian» (Lc. 6,27-28) *«pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos?»* (Mt. 5,46s).

«Si quieres puedes guardar los mandamientos» (Eclo. 15,16). *Si quieres.* Requisito para el pecado es la libertad para el bien. La elección está en tu mano. Si tu elección no es acertada, si quebrantas voluntariamente una ley que puedes observar, tu te haces reo de culpa.

«Ante ti puso el fuego y el agua; a los que tu quieras extenderás la mano. Ante el hombre están la vida y la muerte, lo que cada uno quiere le será dado» (Eclo. 15,17-18).

ÍNDICE

Presentación 5

DIOS Y EL HOMBRE

—Dios creador, y el hombre hechura suya 9
—¿Existe el pecado? ¿Qué es? 13
—La malicia del pecado 17
—¿Qué será el pecado? 20
—La vergüenza, la confusión y el arrepentimiento 26
—Los males que nos acarrea el pecado mortal 28
—El que peca se hace mal a sí mismo 31
—¿Por qué pecamos? 37
—El pecado mortal en las almas consagradas? 39
—¿Qué hacer para preservarnos del pecado? 44

—El pecado venial 45
—La murmuración o maledicencia......... 49

APÉNDICE

—¿Estamos obligados a cumplir los mandamientos de Dios? 52
—La felicidad está en la guarda de los mandamientos 54
—Los dos caminos 56

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovéchate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad

La Cruz y las cruces de la Vida. Lo que nos conviene sufrir
La Religión Verdadera y las diversas sectas
La Edad de la Juventud y sus Problemas
Los Diez Mandamientos, según la Biblia
Los Grandes Interrogantes de la Religión expuestas con claridad
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová. Su doctrina y sus errores
Los Males del Mundo y sus remedios
Los Últimos Tiempos. ¿Se están cumpliendo las profecías?
El más Allá. La existencia de la vida futura
El Diablo anda Suelto. Su existencia
La oración, su valor. ¿Es fácil orar?
El valor de la Fe, o el fundamento de la Fe
El Padrenuestro, es la mejor oración
El Pueblo pide sacerdotes Santos, no vulgares
El Dios desconocido. Tratado sobre sus perfecciones
El Camino de la Juventud. Consejos a los jóvenes
El Niño y su Educación. Cómo educarlos
El Mundo y sus Peligros, y cómo debemos defendernos
El Corazón de Jesús, quiere reinar por amor
Diccionario de Espiritualidad, bíblico-teológico, 336 pág.
Historia de la Iglesia, síntesis de lo más importante
Vida de San José, muy devota e ilustrada
Pedro, primer Papa. Fue elegido por Jesucristo
Flor de un Convento. Vida admirable de una muchacha
Florilegio de Mártires, de la última cruzada
Somos Peregrinos, vamos de camino al Cielo
Vamos de Camino, hacia nuestra patria de arriba
Tu Camino. ¿Has pensado en tu vocación?
Misiones Populares. Reflexión, sobre las verdades eternas
De Pecadores a Santos. Cómo podremos conseguirlo
Pecador, Dios te espera, no esperes más a convertirte
Joven Levántate y aprende a combatir las pasiones
Tu conversión, no la difieras, podrías no tener tiempo
Siembra el Bien. Se amable y comprensivo
Lágrimas de Oro, o el problema del dolor
No Pierdas la Juventud. Consejos a los jóvenes
Siguiendo la Misa. Cómo debemos oirla bien
Visitas al Santísimo Sacramento, para todos los días
El Valor de la Limosna, solo lo sabremos en el Cielo
La Acción de Gracias después de la Comunión

Las Almas Santas, según San Juan de Ávila
Errores Modernos: El Socialismo, la democracia rousoniana.
Marxismo o Cristianismo. Marx o Cristo
Doctrina Protestante y Católica. ¿En qué se diferencian?
Vive en Gracia, no seas cadáver ambulante
Sepamos Perdonar para que Dios nos perdone
Dios y el Hombre. Grandeza de Dios y pequeñez del hombre
La Esperanza en la otra vida, ¿en qué se fundamenta?
La Sagrada Eucaristía ¿Para qué oir Misa?
La Educación Sexual. Cómo y quienes deben enseñarla
La Oración según la Biblia. Su valor y su poder
Pensamientos Saludables, sacados de la Biblia
Lo que debes Saber, lo que te interesa saber
El Ideal más Sublime: Ser Apóstol y Ministro de Dios
Dios y Yo. ¿Quién es Dios y quién soy yo?
Catequesis sobre la Misa. Explicación de la Misa
¿Qué es un Comunista? Es tu prójimo y debes amarlo
Ejercicios Espirituales Bíblicos, según S. Ignacio
Las Virtudes Cristianas, no las conoce el mundo
¿Por qué leer la Biblia? Su importancia
¿Qué es el Evangelio? Lo más importante de la Biblia
¿Qué Sabemos de Dios? Explicación de quién es Dios
Los Siete Sacramentos. Su importancia
Cortesía y Buenos Modales. Urbanidad
Bajo el Régimen Comunista
La Religión a tu Alcance. Es como un catecismo ampliado
La Misericordia de Dios. Dios perdona a los arrepentidos
Pecados que se cometen. Son el mayor mal del mundo
El Buen Ejemplo, es el mejor predicador
Siembra la Alegría. Código de la amabilidad
Breve Enciclopedia del Dogma, la moral y el culto
El Valor del tiempo y del Silencio. Aprovéchalo
El Escándalo y el Respeto humano la ruina de las almas
Los Salmos Comentados. Bellas oraciones de la Biblia
La Vida Religiosa. Su valor y belleza
Dios todo lo ve. Camina en su presencia
La Paciencia. Su necesidad y sus ventajas
La Ignorancia Religiosa, es la causa de todos los males
Las Persecuciones de los cristianos, las predijo Cristo
Dios se hizo Hombre para que el hombre llegara a ser Dios
Vence la Tentación. Derrota a Satanás
Ejercicios Espirituales. Fin o destino del hombre

Vidas y Hechos de los Apóstoles, ilustrados a todo color
Se vive una sola vez, si te equivocas ¿qué será de tí?
La Pasión de Jesucristo nos revela su amor
Pensemos en el Cielo, es nuestro destino
Para avivar la Fe. Consideraciones sobre Jesús
Documentos sobre el Concilio. Varios tomos
¡Muerte! ¡Eternidad! No lo olvides, te interesa
Un Plan de Vida, para vivir bien
Las Oraciones de la Biblia. Para hablar con Dios
La Felicidad de morir, sin dinero, deudas ni pecados
La Mujer en la Biblia. Consejos a los jóvenes
¿Existe el Pecado? Males que nos acarrea
Valor cel Catecismo
Acción de gracias después de la Comunión
Pensamientos bíblicos y patrísticos
Pecados que se cometen y sus remedios
Breve historia del pueblo de Israel
Ejemplos doctrinales instructivos y edificantes
Origen de la Iglesia católica
Lecciones de Jesucristo
Máximas doctrinales
Nuestro caminar bíblico
El mayor de los males
Los hombres del mañana
Los castigos de Dios
Las oraciones de la Biblia